

La crisis económica capitalista actual y su impacto en América Latina

Roberto Verrier Castro

Presidente de la Asociación de Economistas y Contadores de Cuba y de la Asociación de Economistas de América Latina y el Caribe

Los funcionarios no funcionan.

Los políticos hablan pero no dicen.

Los votantes votan pero no eligen.

Los medios de información desinforman.

Los centros de enseñanza enseñan a ignorar.

Los jueces condenan a las víctimas.

Los militares están en guerra contra sus compatriotas.

Los policías no combaten los crímenes, porque están ocupados en cometerlos.

Las bancarrotas se socializan, las ganancias se privatizan.

Es más libre el dinero que la gente.

La gente está al servicio de las cosas.

Eduardo Galeano

El Libro de los Abrazos, 1989

La semilla del "neoliberalismo" se siembra desde los primeros años de la crisis general del capitalismo, pero en realidad, cobra fuerza a partir de la consolidación del "Capitalismo de Estado" y en particular muestra un "boom" en la década del 80 del siglo pasado, en las que logra alcanzar lugares cimeros entre las corrientes económicas burguesas.

Los fundamentos básicos del neoliberalismo económico están en la herencia de las principales tesis liberales y en su pretensión de aplicarlas a las condiciones actuales. Existe un conjunto de ideas que se reiteran, con independencia del momento o del país en el cual se aplican, y que constituyen las bases de la concepción neoliberal; entre ellas: el otorgamiento de un rol especial al mercado como mecanismo ideal para la distribución y redistribución de los recursos, considerar al Estado como el principal causante

de las irregularidades de la economía capitalista y la extrema exaltación del papel de la propiedad privada y del empresario privado en la vida económica de la sociedad.

El neoliberalismo se considera la doctrina ideológica capitalista que sustenta la actual tendencia globalizadora de la economía mundial, que atañe a todos los sectores y actividades económicas, incluyendo también la esfera social y política de los países. Su establecimiento ha traído aparejado el fomento del proceso privatizador, ajustes fiscales y de balanza de pagos, con serias repercusiones sociales, y gran apertura de la economía a la acción de las transnacionales y al capital financiero internacional.

Desde mediados de la década del noventa, comienzan a sentirse los nefastos efectos del mal embarazo que comenzó a gestarse décadas atrás, muestra de ello son las crisis financieras y económicas que sufren las economías emergentes y que han hecho temblar al mundo entero; la carga pesada y creciente de la deuda externa de los países subdesarrollados, que provoca desolación e inestabilidad a los pueblos, y que recibe como respuesta la aplicación de programas de ajustes fondomonetaristas; el fomento de la especulación financiera, y particularmente monetaria; el aumento del desempleo, y la pérdida de bienestar social y de garantías a la vida de las futuras generaciones, entre otros.

Colegas:

Naciones donde siempre se le cantó a la vida, hay gente prendiéndose fuego al agotárseles sus reservas. Las vidrieras estallan las víctimas del experimento asaltan los almacenes, buscando alimentos para no morir de hambre.

Los pueblos, cansados de pagar las cuentas de la incompetencia y la corrupción, quieren, como Cristo, echar a los mercaderes del templo, con el látigo de la insurrección. Pero todavía no saben el modo de recomponer el templo cuando lo desalojen totalmente. Hoy la política es la falta de política. Hasta las promesas están en crisis. Sin embargo, nadie llama terrorismo a esos actos cotidianos de un modelo que condena a millones de personas al abandono, al hambre y a la falta de oportunidades.

El neoliberalismo engulle lentamente a nuestros pueblos, ni la prodigiosa imaginación latinoamericana nos alcanzó para advertir los dramas de hoy.

Entre la América nuestra y la que no lo es habita el insondable abismo entre ricos y pobres que llevó a Martí a alertar a los suyos sobre el peligro de que en nuestras tierras, todavía con las venas abiertas de la guerra contra más de 400 años de sometimiento colonial, se instalara el poder de quienes vendrían a quitarnos, antes que a darnos, de quienes amasaron fortuna con nuestras riquezas y han terminado cobrándonos las que debían ser sus deudas para con nuestros países.

Basta leer las noticias de un solo día, de una sola hora, para entender la gravedad del drama que nos involucra a todos, al margen de creencias o militancias políticas. No importa donde vivimos. De una manera u otra nos afectan igual la pobreza que recibe a más de la mitad de los niños latinoamericanos al nacer, que los peligros del ALCA, donde se convida a las naciones de este continente al proyecto anexionista más devastador, que llevará a la total erosión económica, política y social, a la extinción definitiva de esta que José Martí denominará Nuestra América, o la pandemia del SIDA que devora Africa, o la especulación financiera que condena a millones de terrícolas a un holocausto gradual.

Nunca antes hemos estado tan lejos de poder decir: Adiós a las Armas. Los misiles son hoy los que dictan el ritmo de la economía mundial.

La cruenta agresión contra Iraq, con pretextos falsos de que esa nación tenía armas de destrucción masiva y a contrapelo del derecho internacional, nos ha demostrado hasta dónde están llevando las riendas del planeta los mercaderes de la guerra, los todopoderosos usufructuarios del odio, que desde oficinas asépticas deciden los destinos de millones de personas hoy.

El terror, en nombre de la lucha contra el terrorismo está convirtiendo al género humano en un sofisticado laboratorio de sobrevivencia, que resucita a Malthus. Los cada vez más escasos dueños de la economía mundial, planifican la muerte

necesaria "en cualquier rincón oscuro del mundo", para zanzar todo por la fuerza.

Estallan las mortíferas cargas de extrema precisión, la sangre corre. Y las desigualdades e injusticias, lejos de atenuarse se ahondan. El potro salvaje del mercado anda desbocado, aplastado a los liliputienses que un día fueron denominados civilizadamente: ciudadanos, seres humanos...

A 60 años de Breton Woods millones de seres humanos, naciones enteras, pagan con su inanición las apuestas del gran casino.

La deuda externa de los del Sur es una bomba de tiempo incontrolable.

No hay señal ninguna de que las alarmas dejen de sonar, cuando la asistencia al desarrollo en lugar de crecer se reduce, cuando la deuda es un arma de presión para imponer políticas que profundizan los desequilibrios, cuando el mercado sigue guiando el rumbo a ciegas.

La dolarización, una especie de moda monetario- financiera asumida por algunos países de la región, y que deviene caricatura mísera de la irracional y poderosa economía norteamericana, se está convirtiendo en un peligroso mecanismo de sujeción económica, política y social. De hecho, una anexión sutil con los engañosos señuelos de los billetes.

Por otro lado, la creciente depauperación de las economías latinoamericanas, está generando un progresivo proceso de marginación que, enfrentado por las corrientes xenófobas - nada consecuentes con la globalidad-, ha propiciado un recrudecimiento de la violencia. Las migraciones son manipuladas por los países ricos y poderosos, en un doble juego de rechazo en unos casos y de estímulos en otros.

El año que ha transcurrido, trae demasiadas señales de que las contradicciones, los absurdos y las asimetrías de la aldea global neoliberal, se agudizan, con caracteres dramáticos y manipulaciones mediáticas.

En América Latina no podemos hablar hoy de seguridad económica, porque esta región no ha logrado el necesario desarrollo. Sólo cuando el crecimiento económico se traduzca en una redistribución de la riqueza más

equitativa, y beneficie a los sectores más necesitados, dando prioridad a la solución de las necesidades básicas de la población, logrando eliminar la pobreza, las desigualdades, cuando todos tengan por igual acceso a la educación, la salud y a un empleo decoroso, estaremos entonces en condiciones de declarar esta seguridad.

América Latina es hoy la región de mayor exclusión social, por los nefastos efectos de las políticas de apertura indiscriminada y desregulación, que han conducido a más de 2 décadas perdidas. El modelo imperante no ha logrado las transformaciones requeridas en la estructura productiva; la fragilidad de los sistemas nacionales de innovación no ha sido superada; persisten los desequilibrios del sector externo, y se ha reducido la participación de ese subcontinente en la economía mundial, creciendo la distancia que le separa de los países desarrollados.

Los costos de los ajustes se han transferido a las capas menos favorecidas de la población, aumentando con esto la regresividad en la distribución del ingreso. Las asimetrías sociales afectan con especial énfasis a las mujeres y a las minorías étnicas. Se ha registrado un incremento en la tasa de desempleo, se ha elevado la demanda sólo del trabajo calificado, ha disminuido el salario real, y ha aumentado la precariedad e informalidad del empleo.

En América latina se han aplicado con todo rigor las políticas neoliberales. La distribución del ingreso es la más desigual y regresiva del mundo: el 5% de la población absorbe el 25% del ingreso total. La miseria continúa representando un desafío de gran magnitud para los países de la región: 222 millones de personas viven en situación de pobreza y 96 millones de personas en condiciones de indigencia. El 20% de la población más rica, es hoy 19 veces superior al 20% más pobre.

En lo que va de la presente década el crecimiento del PIB de América Latina, condición necesaria más no suficiente para la reducción de la pobreza, no ha logrado alcanzar un ritmo que compense el crecimiento poblacional.

Es cierto que después de seis años de un comportamiento inestable, la economía de América Latina y el Caribe registró en el año 2004 la mejor expansión económica desde

el año 1997, cuando el aumento del PIB de la región fue estimado por la CEPAL en 5,2%. Podemos reconocer ciertos indicadores macroeconómicos positivos: el PIB per cápita registró una tasa de crecimiento de 4,0%, que no tiene precedentes en los últimos veinte años en América Latina y es la más alta registrada desde el año 1997 (3,5%). Sin embargo, el impacto real de este resultado es totalmente insuficiente para resolver los problemas de la región, debido a que se parte de un largo período de más de **dos décadas** en las que el ingreso per cápita ha estado sumamente deprimido.

El flujo de inversión extranjera se ha contraído. En el pasado año la entrada de inversión foránea fue de 37 mil 848 millones de dólares.

En los últimos 4 años la región ha registrado una transferencia negativa de recursos hacia el exterior. En el año 2004 esta sangría de recursos fue de 77 mil 826 millones de dólares, la cual duplica el monto de la inversión foránea que entró en la región.

Para el año 2005 se pronostica que tenga lugar una desaceleración del crecimiento económico en Latinoamérica y el Caribe, así como la inflación crezca como consecuencia de los altos precios del petróleo.

El flujo de inversión extranjera en los países latinoamericanos seguirá deprimiéndose debido a la competencia de los países asiáticos, y en particular de China. Se considera que en toda la región es imprescindible invertir en modernización de la infraestructura productiva y de comunicaciones para mejorar la competitividad en el mercado internacional y una mejor inserción en este.

El BID estima que es necesaria una inversión de no menos de 70 mil millones de USD y sólo cuenta la región con recursos propios estimados en 30 mil millones para este fin.

Esto explica las dudas sobre la solidez del crecimiento económico alcanzado en el 2004.

La exclusión social se manifiesta en el 44% de la población que vive en la pobreza, el 18% en situación de indigencia, el 13% es analfabeta y la tasa de mortalidad infantil en el primer año de vida es 5 veces superior a la de los países desarrollados.

El Banco Interamericano de Desarrollo reveló a fines del pasado año que la extendida pobreza en América Latina castiga con mayor crueldad a los niños menores de 14 años, a tal extremo que de cada 100 niños latinoamericanos, 60 presentan síntomas de depresión y 6 terminan suicidándose.

De esa población infantil el 60% son pobres y un tercio de los menores de dos años está desnutrido en una región con elevado potencial de producción de alimentos. El 30% de los niños no completan la enseñanza primaria y el 70% no termina el nivel secundario.

La Organización Internacional del Trabajo (OIT) califica de desoladora y trágica la situación observada en la región, la tasa de desempleo es de 10,5%, la peor en los últimos 25 años.

El salario de 30 millones de trabajadores está por debajo de un dólar diario, y no alcanza para su manutención.

El poder de compra de los trabajadores ha caído 22% entre el año 80 y el 2004, a pesar de que los estrategas del neoliberalismo han concentrado todos sus esfuerzos en sofocar la inflación. El nivel inflacionario que exhibe hoy la región es de 7,7%.

Este informe de la OIT revela además que desde 1990 el 66% de los nuevos empleos fueron en el sector informal carente de derechos y super explotado. Sólo el 44% de los nuevos ocupados tienen acceso a los servicios de seguridad social. Dos de cada cinco jóvenes están desempleados en países como Argentina, Chile, Uruguay y Colombia.

La CEPAL señala que se ha producido un deterioro en la calidad de los empleos dado que 7 de cada 10 nuevas plazas se generan en el sector informal y de baja productividad.

La inseguridad de las personas es creciente en el tiempo. Ocho de cada diez latinoamericanos, considera injusta o muy injusta la distribución de los ingresos.

En seis países de la región las tasas de desempleo urbano para el período 2000-2003 superaron el 15% y en 11 de los 19 países el desempleo empeoró. Las tasas de desempleo de las mujeres sigue siendo mayor que la de los hombres y el desempleo juvenil alcanza a 9,5 millones de personas.

Otro problema que afecta la región es la proliferación de diferentes formas de trabajo infantil. En la actualidad existen 20 millones de niños menores de 15 años trabajando. El 30,2% de los obreros de Ecuador tienen entre 10 y 14 años y en Guatemala es el 23,4%. En Nicaragua 1 millón 772 mil personas tienen entre 15 y 17 años de edad y de ellas 314 mil se emplean para poder subsistir.

Se registra de igual forma en la región un auge de la explotación sexual infantil, la pornografía por Internet y la trata de menores con fines turísticos. Cada año 10 millones de niños y niñas latinoamericanos sufren el abuso sexual o son obligados a prostituirse.

La inseguridad alimentaria ha continuado creciendo. 55 millones de personas sufren hambre y desnutrición crónica. El retardo en el crecimiento sigue siendo muy elevado en numerosos países. En nueve de ellos afecta a más del 20% de los menores de 5 años (Bolivia, El Salvador, Guatemala, Guyana, Haití, Honduras, zonas rurales de México, Nicaragua y Perú).

La inseguridad caracteriza hoy a los pueblos de nuestra región. No es posible ocultar el desastre social imperante, las desigualdades están a la vista.

¿Tenemos que conformarnos con las dramáticas escenas de pequeños durmiendo en portales cubiertos con periódicos, o disputándose un puesto en los supermercados para cargar los abultados bolsos de los que concentran la riqueza?

Otro grave problema es la abultada deuda externa que sobrepasa los 723 mil millones de dólares, la cual se ha incrementado en los últimos 30 años en 24 veces. En poco más de 2 décadas los países latinoamericanos han transferido a los centros de poder de las naciones desarrolladas 2,5 millones de millones de dólares que incluyen el pago del servicio de la deuda, las fugas de capital y el diferencial de los precios de las materias primas exportadas por la región. Esta cifra representa el 1,5% del total del PIB producido en un año por el conjunto de los países de América Latina y el Caribe.

Nuestra región destina el 56% de sus ingresos por exportaciones de bienes y servicios para servir su deuda externa. La deuda crece en 4 dólares por cada dólar que

recibimos. Hoy cada latinoamericano al nacer debe 2 840 dólares

La deuda no es sólo una carga financiera, es también un instrumento de coerción y de imposición de políticas económicas agradables para los acreedores. Bajo la coyuntura de deuda externa se le impuso a los dóciles gobiernos latinoamericanos, los programas de ajuste estructural que afianzaron el neoliberalismo en la región. En lo único que los Gobiernos de la región han sido respetuosos y disciplinados es en cumplir con cada una de las imposiciones del FMI es en la defensa de los acreedores.

Como señalara recientemente Eduardo Galeano "cuánto más pagamos más debemos y cuánto más debemos, menos decidimos. Secuestrados por la Banca extranjera, ya no podemos respirar sin permiso". Fin de la cita.

La fuga de capitales es otra de las peores formas de sangría económica que han estado sufriendo los países de América Latina en las últimas décadas. No se trata de remesas de ganancias obtenidas por inversionistas extranjeros; no se trata del saqueo que se deriva del pago de una deuda externa contraída muchas veces por gobiernos tiránicos y corruptos que despilfarraron y malversaron los fondos recibidos, o para asumir responsabilidades derivadas de deudas privadas y en ocasiones de robos o negocios turbios de la banca privada, ni tampoco de las pérdidas crecientes que ocasiona el conocido fenómeno del intercambio desigual; se trata de fondos creados dentro del país, plusvalía arrancada a los obreros mal pagados, o ahorros bien habidos de trabajadores intelectuales y profesionales, o ganancias de pequeñas industrias, comercios y servicios.

El yugo estrangulador que ata a los países latinoamericanos a la fuga de capitales, es la compra libre, sin restricción sin requisito alguno, de divisas convertibles con moneda nacional, fórmula impuesta como sagrado principio neoliberal por las organizaciones financieras internacionales. Se estima que tales fugas ascendieron, en algunos países como Venezuela, durante un período de más de 40 años, a 250 mil millones de dólares aproximadamente.

Súmese a esta cifra los fondos nacionales que escaparon de Argentina, Brasil, México y el resto de América Latina.

En este sistema la volatilidad y la especulación obligan a los países pobres a mantener como reservas monetarias más del 20% de los ingresos netos de capital para intentar resistir ataques especulativos. De esas reservas unos 750 mil millones están colocados en Estados Unidos.

Ocurre el colmo del absurdo: con sus reservas los países pobres ofrecen financiamiento barato a largo plazo al país más rico del mundo. Se trata entonces de un sistema que obliga a los países pobres a inmovilizar recursos para protegerse de su propia inestabilidad y especulación e induce a estos países a que financien a Estados Unidos. Bastaría esta razón para calificar al sistema como una aberración. Los países pobres financian con su hambre y pobreza el consumismo desenfrenado de la mayor potencia mundial.

En este sistema la actuación irrestricta de las empresas transnacionales y la privatización de activos públicos son presentadas como virtudes. Mucho se elogian en América Latina de las privatizaciones que han afectado empresas, parques, carreteras, correos y hasta cementerios.

Pero la propaganda del pensamiento único oculta la vieja realidad de que las inversiones de las transnacionales aunque representan ingresos en la balanza de pagos al entrar al país, rápidamente empiezan a generar egresos por remesas de utilidades hacia el exterior, lo que entre 1990 y 1999 ha sido la principal causa del déficit en cuenta corriente.

Escasamente el 30% de la inversión de transnacionales recibidas por América Latina representó un verdadero aporte en términos de creación de nuevas capacidades. El grueso de esa inversión no ha hecho más que apoderarse de activos públicos, mediante turbios procesos de privatización o hacer cambiar de dueño, activos ya existentes.

Ciertamente es necesaria una nueva arquitectura financiera internacional, despojada ante todo, de dogmas neoliberales y de imposición de los intereses del capital financiero transnacional. El FMI debe desaparecer y ser sustituido por un nuevo órgano regulador de las finanzas internacionales,

que regule la oferta monetaria y funcione sobre bases democráticas y sin el poder de veto que hoy tiene Estados Unidos. No se trata de pequeñas reformas del FMI para eliminar detalles y dejar intacta su estructura y su pensamiento, sino de una transformación a fondo, del actual sistema financiero mundial, para convertirlo en emblema del desarrollo humano y no emblema de la globalización neoliberal.

Mientras tanto esa transformación a fondo se esté gestando, pueden darse pasos para ir avanzando en la dirección correcta, tales como:

- Aplicación de controles al capital especulativo de corto plazo, penalizando sus movimientos. Aplicar la tasa Tobin a las operaciones especulativas para contenerlas y formar un fondo para el desarrollo que facilite recursos financieros en condiciones blandas a los países subdesarrollados.
- Permitir que todos los países puedan establecer su régimen cambiario sin presiones externas.
- Cumplir la meta de destinar el 0,7 % del PIB de los países desarrollados en forma de ayuda oficial al desarrollo. Esta meta fue aprobada por Naciones Unidas en 1970 y jamás se ha cumplido. Entre 1970 y 1990 el aporte real se mantuvo entre 0,30 y 0,35 %. Después de 1990 la tendencia ha sido al descenso y en la actualidad es de 0,22%. Estados Unidos es el país que menos aporta como porcentaje de su PIB, con sólo 0,11 %.
- Condonación incondicional de la deuda externa de los países subdesarrollados.
- Reducir, al menos a la mitad, el gasto militar mundial y dedicar los recursos liberados a la ayuda oficial al desarrollo. Esto significaría un aporte de 400 mil millones de dólares.
- Crear una organización a nivel mundial que regule la oferta monetaria internacional, al igual que un Banco Central lo hace a nivel nacional.
- Organizar un "Club Internacional" donde se coloquen las reservas de los Bancos Centrales de manera que puedan utilizarse parcialmente para financiar el desarrollo.

No es cierto que la superación de la pobreza y la prestación de servicios sociales básicos para todos en el planeta, requiera sumas colosales e imposibles de alcanzar. Como estableció la Cumbre del Milenio de Naciones Unidas, bastarían 40 mil millones de dólares anuales hasta el año 2005 para asegurar educación, salud reproductiva y saneamiento para todos. Una cifra astronómica vista desde nuestros débiles presupuestos, un escaso 1,6% con relación a los ingresos anuales de las 225 personas más ricas del mundo, que son del orden de los 2 500 millones de dólares.

Esta pequeña cifra contrasta bochornosamente con el millón de millones de dólares que cada año se gasta en publicidad comercial para manipular las mentes e inducir a comprar, muchas veces lo superfluo, banal y hasta dañino. Contrasta también esa pequeña cifra con los 400 mil millones de dólares que se gastan anualmente en drogas estupefacientes para embrutecer humanos y enlutar familias. O con los 800 mil millones de dólares que se gastan hoy en armas y guerras.

La ayuda eficaz a los veinte países más pobres costaría 5,5 billones de dólares, equivalente al costo de la construcción de Euro Disney.

Estimados Colegas:

Las realidades de pobreza y exclusión están a la vista, de ahí las explosiones sociales que se están sucediendo en América Latina, tal es el caso de Argentina, Ecuador y recientemente Bolivia donde los pueblos, dirigidos por movimientos sociales, indígenas y campesinos comienzan a desterrar a los políticos corruptos, cansados ya de tanta desigualdad, de tanta traición, de tanta sumisión.

La humanidad tiene ansias de justicia, está harta de mentira, de tanta hipocresía, de que se continúe entregando el patrimonio de riquezas de sus países a las transnacionales norteamericanas y europeas.

Ustedes lo conocen bien y muchos han sentido esa exclusión en carne propia, han tenido que competir en condiciones de amplia desigualdad con las transnacionales, con las empresas que un día fueron públicas y que fueron adquiridas por centavos por capitales a veces hasta nacionales que no responden en alma y corazón a la patria que los vio nacer.

Cada minuto, cada día, cada año que pasa se continuarán profundizando estas desigualdades, el camino ha sido preparado a partir de la aplicación de las políticas neoliberales, para que estemos cada vez más incluidos para la explotación y totalmente excluidos para desarrollarnos.

El hambre sigue siendo una realidad diaria, siguen muriendo niñas y niños debido a enfermedades previsibles, el número de analfabetos y niños que no asisten a la escuela demuestra como estas políticas nos distancian de las más elementales normas de equidad y justicia.

Compañeras y Compañeros:

Frente a este desolador panorama de inseguridad económica, social, y política, Cuba muestra avances y realizaciones en la condición humana y en el progreso social y económico, que la sitúan mucho más cerca del sueño posible de un mundo mejor.

Hostigada y perseguida hasta límites inquisitoriales por la soberbia imperial, agredida en todos los órdenes, bloqueada económica y comercialmente, Cuba ha logrado en más de 4 décadas retar el modelo de dominación y sujeción del imperialismo estadounidense sobre la región, con un desarrollo soberano e independiente, una revolución que ha devuelto al ser humano la capacidad de guiar su propia vida y enriquecerla.

Justicia social y equidad, derecho al saber y a una vida sana sin distinciones para todos; niveles educacionales, de salud y de seguridad social sin precedentes, superiores en muchos casos a los de países ricos, porque son equitativos; la desenajenación del ser humano de las irracionalidades y absurdos del Mercado: esa es la sociedad que con no pocas dificultades e innumerables tropiezos avanza hacia un estadio superior de la dignidad y el bienestar humanos.

Ni toda la persecución imperial, ni los constantes asedios y manipulaciones en torno a este país, han logrado silenciar el ejemplo de Cuba en materia de un verdadero desarrollo, en función de la seguridad y la prosperidad de las grandes mayorías, con un preponderante papel protector y regulador del Estado.

Como tampoco el dogma neoliberal ha podido evitar las fisuras que ya se vislumbran en sus propios escenarios. El

proceso revolucionario en Venezuela, los triunfos electorales de fuerzas progresistas y de izquierda en otras naciones latinoamericanas, la integración bolivariana frente al genocida ALCA, el despertar de vastos sectores populares, van alumbrando el mapa existencial, económico, social y político de la región.

Cada vez es más evidente que la ciega devoción al Mercado ha fracasado en América Latina y el Caribe como vía para un desarrollo sustentable y seguro. Sobre el drama de nuestros pueblos, sobre la propia injusticia y desigualdad, ha de rearticularse, con los elementos naturales que José Martí distinguió en la que denominó Nuestra América, el sueño de Bolívar; el desagravio de tanta inseguridad, de tanto sufrimiento y tanta tristeza añejada, que no caben ya en los fríos indicadores macroeconómicos.

Permítanme concluir con un bello poema de Eduardo Galeano de su libro los Abrazos, Premio Casa de las Américas en 1989 y que refleja la situación actual de nuestra región:

*Los nadies, los hijos de nadie, los dueños de nada
que no hablan idiomas, sino dialectos
que no profesan religiones, sino supersticiones
que no hacen arte, sino artesanía
que no practican cultura, sino folklore
que no son seres humanos, sino recursos humanos
que no tienen cara, sino brazos
que no tienen nombre, sino número
que no figuran en la historia universal,
sino en la crónica roja de la prensa local.*

Muchas Gracias